

BX1751

A1

W4

v. 10

ES PROPIEDAD



TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

TERCERA PARTE

MEDIOS PARA LLEGAR Á LA VIDA ESPIRITUAL

CONFERENCIA XIII

ORDEN VISIBLE DE SALVACIÓN ESTABLECIDO POR DIOS

1. **Cuánto respeta Dios la libertad y extiende su dominio.**—Si hay en la Sagrada Escritura un pasaje que testifique profundo conocimiento del hombre y del mundo, es ciertamente el siguiente: «Todas las cosas que hizo Dios son buenas, usadas á su tiempo; y el Señor entregó el mundo á las vanas disputas de los hombres». ⁽¹⁾

¡Ah, cuán hermoso sería el mundo, sino existiesen los hombres! ¡Cuán agradable sería la vida, si pudiesen concertarse entre sí! ¡Qué progresos hubiésemos hecho ya, si pudiesen resolverse á hacer investigaciones, á discutir con modestia y con recíprocos miramientos por amor á la verdad!

Pero, desgraciadamente, en todas partes no vemos otra cosa que discusiones sin fin y sin provecho.

Actualmente, anda la verdad dividida en girones por las estériles discusiones sobre la libertad de pensar y enseñar, sobre el progreso y sobre la ciencia, mejor dicho, sobre quien tendrá razón. En la vida social, nadie para mientes en si los pueblos pueden sucumbir al peso enorme de las cargas públicas, porque los que los dirigen tienen cosas más importantes que discutir, por ejemplo, las relaciones entre la justicia y la caridad, entre el Estado y la sociedad, entre la libertad y sus límites, entre el espí-

(1) Eccl., III, 11.

008981

ritu liberal y el conservador, entre lo cristiano y lo católico. En el dominio de la moral, la vuelta á la barbarie toma formas muy peligrosas para el individuo y la sociedad. Pero no puede irse contra esta corriente, porque los señores que dirigen la opinión pública no se dan cuenta del poder y extensión de las ideas de ley y autoridad, de independencia y libertad, de arte é inmundicia, de modestia y charlatanismo.

¿Por qué ha permitido Dios todo esto?

Sus palabras nos lo indican también. Para que aprenda el hombre que «las obras que Dios ha creado desde el principio del mundo, las conserva hasta el fin». ⁽¹⁾ En otros términos, para que aprenda á ser humilde y á honrar á Dios.

Dios conoce de toda eternidad la debilidad del hombre, lo que no le ha impedido honrarle con su confianza, y abandonar á su libertad el mundo, situado fuera de él, diciendo, como inspiró á su Apóstol: «Por lo demás, carísimos hermanos, aunque os hallamos de esta manera, tenemos mejor opinión de vosotros y de nuestra salvación». ⁽²⁾ Para honrar al hombre, hasta permite que su obra corra peligros. Preferiría sacrificar el mundo, antes que perjudicar á nuestra libertad.

Tan grande es su estimación por ella, y tan vasto el campo que le concede.

En verdad que es esta una razón poderosa para que el hombre respete su libertad y haga buen uso de ella.

2. Hasta donde llega el dominio de la libertad humana.—En efecto, el campo de la libertad humana es tan considerable, que de él se horroriza nuestra cobardía. Y, sin embargo, hay quien niega la libertad de la voluntad, y, cosa extraña, casi todos son filósofos. ⁽³⁾ Otros no van tan lejos, sino que procuran limitar de tal modo su dominio, que parecen decir: «Aunque el hombre es libre, no hay nada sobre lo cual pueda ejercitar su libertad».

(1) Eccl., III, 11.

(2) Heb., VI, 9.

(3) Cf. tom. I, IV, 2.

La historia de la doctrina de la perfección cristiana, infiere un mentís á los unos y á los otros.

La lucha que ha durado tanto tiempo, y con tanta tenacidad, contra los llamados consejos evangélicos, nos muestra cuán en lo cierto está la Sagrada Escritura cuando dice que «el hombre no comprende su propio honor». ⁽¹⁾ Como el sirviente perezoso del Evangelio, preferiría un amo de dureza excesiva que le impusiese injustas é intolerables cargas, á fin de hallar un pretexto para justificar su pereza. Preferiría echar sobre sus hombros un yugo de la especie de aquellos que imaginaron los fariseos, yugo que, al decir del Salvador y de sus Apóstoles, sería imposible soportar. ⁽²⁾ Y, en efecto, los doctores de la mentira, los mismos que se han engañado en lo referente á los consejos evangélicos, no han vacilado en proferir la blasfemia de que los mandamientos son demasiado pesados, y que era imposible observarlos. ⁽³⁾

Pero ¡atrás esos expedientes de condenable severidad, los cuales, como siempre, acaban en una negligencia de igual modo condenable!

Dios ha impuesto como ley á la conciencia todo aquello sin lo cual nadie puede ganar el cielo. Pero ha dejado á nuestra generosidad todo aquello que supera esta ley, y aun allí donde nos ha impuesto obligaciones, sólo nos ha prescrito su voluntad lo indispensable. Ahora bien, después de haber ordenado las cosas concernientes á nuestra salvación, ha dejado á nuestro honor el cuidado de elevar la práctica de la ley al grado que deseemos.

Así, la legislación divina se distingue esencialmente de toda legislación puramente humana. Trata el mundo como esclavos, por no decir como máquinas, á los que están sometidos á su poder. Las sumas de lo que pueden proporcionar se evalúan en gramos, céntimos y minutos; pero

(1) Psalm., XLVIII, 13, 21.

(2) Matth., XXIII, 4. Act. Ap., XV, 10. Gal., VI, 13.

(3) Conc. Trid., sess. 6, c. 11, can. 18. Denzinger, *Enchir.*, n.º 169, 934, 966, 1382.

nadie se preocupa de la intención que preside á sus actos. Dios obra por modo muy diferente. Aprecia bien la acción, pero se fija todavía más en la intención. Lo que exige es que sus mandamientos se cumplan con puro corazón y recta conciencia, ⁽¹⁾ y se muestra más generoso con los que se sienten impulsados por el amor á hacer más de lo que se les ha ordenado estrictamente. En este sentido, se les ha dicho: «Haga cada cual la oferta conforme lo ha resuelto en su corazón, no de mala gana, ó como por fuerza, porque Dios ama al que da con alegría. Quien escasamente siembra, escasamente cogerá, y quien siembra á manos llenas cogerá á manos llenas». ⁽²⁾

3. Cómo Dios provee á todo por la ley de la libertad.—Tal es, pues, la ley de Dios: un yugo dulce, ⁽³⁾ una ley de libertad. ⁽⁴⁾ No todo está prescrito en ella severamente; no todo se ha abandonado al capricho de cada cual. Vasta es la carrera en que puede ejercitarse el honor y la libertad del hombre; pero está perfectamente ordenada para que practique la fidelidad y la obediencia. Dios ha señalado en ella una pista para cada virtud; y aprecia y bendice cada fase de la vida, de la vida activa como de la contemplativa, de la vida de matrimonio como de la de virginidad. Ha dado derechos á cada potencia del alma, así á la conciencia como á la libertad. Ha dado á todos los hombres la posibilidad de ganar el premio, lo mismo á los que tiene que violentar, como á los que se ofrecen voluntariamente. Á todos ha prometido el cielo, á los que se dejan arrebatar por el celo, y á los que le ponen freno. Rica recompensa ha prometido á todos, tanto á los que van á su viña á la oncena hora, como á los que han soportado el peso del día y del calor. Para Dios no hay acepción de personas. ⁽⁵⁾ Nadie es objeto de favores injustos; nadie queda frustrado ni excluido.

- (1) I Tim., I, 5.
 (2) II Cor., IX, 6 y sig.
 (3) Matth., XI, 30.
 (4) Jac., I, 25; II, 12.
 (5) Rom., II, 11.

«¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán espacioso el lugar de sus dominios!» ⁽¹⁾ «Cuantos creen en Él, no serán confundidos. Puesto que no hay distinción de judío y de gentil, por cuanto uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos aquellos que le invocan». ⁽²⁾

¡Oh hombre, cuán grande es el corazón de Dios! Allí donde tú condenas, allí donde eres inducido en error, por alguien que piensa y vive de modo distinto que tú, te ama con el mismo amor que á los que desean sinceramente el bien.

Así, pues, que nadie se lamente de su empresa, diciendo que es demasiado pequeña ó demasiado difícil. Que nadie murmure del puesto que se le ha designado, pretextando que es demasiado visible ó demasiado oculto. Que nadie envidie los dones de los otros. Que nadie perturbe al prójimo en su vocación. Que cada cual lleve su carga, ⁽³⁾ porque es proporcionada á sus fuerzas, á su situación, y á las gracias que recibe. Que cada cual se cuide de desempeñar bien su cargo: esto basta.

«En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones», ⁽⁴⁾ y numerosos caminos conducen á ella, todos dispuestos según la voluntad de Dios, y por los cuales se marcha según las convicciones de la conciencia. Todo lo que no procede de la convicción, es pecado. ⁽⁵⁾ Pero que obre sin inquietud el que no conoce otra regla que Dios y su conciencia, según la enseñanza del Apóstol: «Cada uno obre según le dicte su recta conciencia». ⁽⁶⁾ Si cree deber limitarse á lo prescrito, obra bien; no le condenaremos. Con tal que satisfaga á Dios y su conciencia, cumpliendo los mandamientos, alcanzará su fin. Pero si siente vocación para cosas más elevadas, que no desprecie á las demás, sino que, por lo contrario, considere que se exige más de aquél á quien más se le ha dado.

- (1) Bar., III, 24.
 (2) Rom., X, 11, 12.
 (3) Gal., VI, 5.
 (4) Ioan., XIV, 2.
 (5) Rom., XIV, 23.
 (6) Rom., XIV, 5.

Si en todas partes reina la libertad, la fidelidad á Dios y á la conciencia, todos se encontrarán perfectamente, á condición de que cada uno respete la libertad de los demás.

4. Cuál sea la necesidad de la libertad para la edificación del reino de Dios.—Sobre esta ley de la libertad se basa la fundación del reino cuyo establecimiento nos ha sido confiado por Dios.

Dios nos ordena orar diariamente para que venga á nos su reino; pero con ello quiere también exhortarnos á que hagamos cuantos esfuerzos nos sean posibles para lograr su realización. Bueno es orar, y trabajar también; pero la oración y el trabajo juntos constituyen la empresa del cristiano.

Lo principal para el cristiano es la oración, y la oración bien hecha impulsa á obrar. De aquí que la verdadera oración sea el principio de la actividad.

Ahora bien, la actividad que debemos desplegar para edificar el reino de Dios nos ha sido determinada por modo general por la ley que el Señor y Rey de este reino nos dejó al abandonar la tierra.

Esta ley comprende dos cosas.

De un lado, impone á cada uno el deber de perfeccionarse á sí mismo. Porque sólo cuando los individuos se han convertido en piedras utilizables, puede uno pensar en la construcción de la casa de Dios. Por eso dice el Apóstol: «Sois también vosotros á manera de piedras vivas edificados encima de Él, siendo como una casa espiritual». ⁽¹⁾

Por otra parte, ordena á cada individuo que trabaje, según sus fuerzas y su situación, en bien de la comunidad. Jamás se insistirá suficientemente sobre este punto, á saber, que no cumplimos la ley que nos es impuesta por nuestra fe, si nos ocupamos únicamente en nosotros mismos. Después de haber trabajado en su propia salvación, cada uno debe también orar, trabajar y hacer sacrificios por el conjunto. El que posee el espíritu de Jesucristo, y obedece á sus impulsos, cumple igualmente con esta obligación.

(1) I Petr., II, 5.

En cuanto al modo de su cumplimiento, es completamente libre allí donde Dios y su conciencia no le muestran ninguna prescripción. De aquí que nadie tenga el derecho de juzgar á los otros sobre este punto, ó de perjudicarlo. Si uno contribuye al bien general con el trabajo manual, lo hace otro con la oración y las obras de penitencia, las cuales, ciertamente, no son de desdeñar en semejante materia, y, finalmente, lo hace un tercero con la ciencia, un cuarto con sus funciones públicas; cada uno á su modo.

Pero al cumplir lo prescrito, todavía no hemos hecho todo lo que pedimos al decir: «Venga á nos el tu reino». Verdad es que se ha terminado el templo cuando se han levantado los muros y se han revocado con lo más necesario; pero preciso sería que un arquitecto fuese muy ignorante, ó muy pobre una parroquia, para contentarse con esto, á menos de que estuviesen penetrados de aquel espíritu jansenista y josefista, que sólo apreciaba las iglesias cuya desnudez le hiciese pensar en el establo de Belén. Pero, fuera de esta excepción, quien posea el espíritu de Dios, dirá: «Señor, yo he amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gracia». ⁽¹⁾ Y el que puede contribuir á su ornamento, aporta consigo todo lo que tiene en sus manos, como los hijos de Israel llevaban antiguamente, con santo celo, para la construcción del tabernáculo, brazaletes, arracadas, vasos y anillos de oro. ⁽²⁾

Si, pues, la libertad existe aun en las cosas necesarias á la edificación del reino de Dios, existirá también aún más en todo lo que queda abandonado á la generosidad de los cristianos para terminarlo. ¿Cómo, pues, hay quien se atreva á mover la cabeza con aire de descontento, ó á protestar, cuando el celo por el adorno de la Iglesia impulsa los corazones de los fieles á hacer sacrificios heroicos con este objeto? Nada de extraordinario se reclama personalmente á nadie. ¿Por qué se disgustan, pues, contra los que se despojan y se sacrifican para testificar á Dios su honor?

(1) Psalm., XXV, 8.

(2) Exod., XXXV, 21 y sig.

¿No equivale esto á deshojar ó destrozarse las más hermosas flores de la vida humana, á arrojar del mundo la poesía, el heroísmo, el arte, el entusiasmo? ¿No equivale á hacer obra de iconoclastas y á rascar las más hermosas pinturas de los muros de la Iglesia, cuando se muestra un tanto dispuesto á condenar las obras de penitencia y de caridad de los santos, á ver en las prácticas libres de devoción, y en las invenciones piadosas que sugiere el celo por las almas, exageraciones malsanas y explosiones de fanatismo? Dejemos, pues, á las cosas religiosas, la poesía y el arte, la generosidad y el heroísmo; en otros términos, reconozcamos los derechos de la mística.

5. Cuanto mayor es la libertad, más sólidas defensas necesita.—Pues bien,—se replica—precisamente son éstos ejemplos que muestran del mejor modo posible que la libertad y el entusiasmo deben tener límites. ¿Quién no ha visto á menudo con disgusto y aun con horror los excesos á que conduce el celo religioso cuando se abandona á sí mismo? ¿Qué falta de gusto y qué insensata prodigalidad puede uno comprobar á veces, allí donde los fieles amontonan sus ofrendas, sin que una severa policía eclesiástica, que, en este caso, tendría su razón de ser, ponga un freno á su ciego entusiasmo é introduzca severas prescripciones sobre esta materia! Maravillas de arte podrían hacerse con la mitad de lo que se da, si hubiese una investigación inteligente. Pero en vez de esto, se mofa uno de todo sentimiento estético, y se corrompe el gusto del público por modo imperdonable.

Ciertamente, subrayamos cada una de estas palabras, y rogamos á todos los que intervienen en esto que procuren fijar su atención sobre este punto, que, por otra parte, ya hemos tratado en otra ocasión. ⁽¹⁾

Por el momento, nos interesa menos que la cuestión con relación á la cual lo hemos escogido como ejemplo. Porque también se aplican á ella, y en medida mayor todavía, los principios de orden, de intervención, de economía y de

(1) Vol. VI, Conf. XVIII, n.º 13, 21.

justo reparto. Cuanto más vasta es la carrera que el Espíritu de Dios ha dado al entusiasmo moral, tanto más debe velar para que no quede privada la libertad de la ayuda y protección que sólo puede darle una mano vigorosa. Y así lo ha hecho, porque es el Espíritu de Sabiduría.

Este socorro de que tiene necesidad la libertad allí donde despliega sus más grandes esfuerzos, no podría existir en la simple ley. Una letra muerta, una regla general, es buena para la escuela, y puede bastar allí donde un escolar, teniendo junto á sí un modelo, compone una disertación con el sudor de su frente ó bosqueja una caricatura. Pero si el entusiasmo se apodera de él y le presta alas, con las cuales cree poder vencer todas las dificultades, olvida la ley árida y la desprecia, considerándola como látigo para el principiante y obstáculo para el genio.

En este caso, debe ponerse á su lado una protección viviente, en forma de un amigo, y prestarle el caritativo servicio de advertirle y guiarle.

Este amigo viviente es, para la libertad, la autoridad, y la autoridad en forma visible y palpable poder.

Sólo hay dos categorías de hombres que puedan ver en la autoridad un obstáculo ó un enemigo: los que confunden la libertad con la arbitrariedad, y aquellos de los cuales dice el Apóstol «que no han abierto su corazón á la verdad». ⁽¹⁾

Aquellos espíritus mezquinos que á sí mismos se dan cuenta de cuán estrecho es el espacio que abarcan, creen naturalmente que equivale á limitar sus movimientos y su actividad, el que alguien se atreva á tenderles la mano, ya para sostenerlos y guiarlos, ya para dirigir sus brazos y fortalecerlos. Las almas grandes y los corazones magnánimos aceptan con gratitud este auxilio, porque no temen confesar que no están exentos de defectos.

El ignorante se cree deshonrado cuando alguien se permite darle un consejo. Por lo contrario, el que científicamente se siente superior á la muchedumbre, no tiene ver-

(1) II Thess., II, 10.